

Maratón de Cuentos

La condena del poeta

Ademar Alves

Muchos admiran al poeta por su aureola de creatividad. Lo miran a la distancia con un sentir de misterio, de cómo trabaja su mente. Del como hilvana las frases sin repetirse en cientos y cientos de trabajos. Cual es su magia para plasmar el alma en un papel y transmitirnosla. ¡Hace malabarismo con las letras! Qué mundo de ensueño el suyo. Qué evadido de la realidad.

Cuan diferente es el poeta cuando se despoja de sus vestiduras poetizantes. Se nos vendría tan abajo su imagen como se desmorona las creencias de que un payaso es un ser alegre y divertido, al verlo en la vida cotidiana.

Ahí tenemos a nuestro poeta mimetizado con las piedras moras del río Uruguay. Con los hombros caídos y casi en posición fetal.

¡Qué frágil se lo ve! Como aplastado por las culpas del mundo.

-Río, mi río -murmura quedamente el poeta, mientras lo absorbe con mirada triste de hijo abandonado de Dios.

-No hay mejor confidente -murmura el poeta -que tus movibles aguas, tu contante andar. Me escuchas y te

vas. Nunca vuelves a reprocharme. Madre... mi madre. De ella heredé este amor por ti. Las cosas de la vida... parece mentira... después de tantos años de adorarte y flamearte como símbolo de libertad. Como mi confidente fiel y comprensivo, recién ahora... rebelo el enigma de tanta pasión. Es uno de los tantos traumas que enlaguece mi alma. Madre... Hoy descubro el paralelismo. Tantos años reumatizándote en esta agua. Mis ojos de niño inocente te grabó y me transformé en tu continuación. Si habrás lavado ropa... esta agua generosa se llevaba toda la mugre. Luego estas piedras las secaba y con olor a limpio las llevabas a sus dueños a cambio de moneditas para a tus hijos llevarles pan.

-Madre.. yo hago lo mismo. O casi... Enojado mi lama. Veo, casi las palpo a las mugrientas culpas cuando aguas abajo se van. Madre.. cuanta miseria, cuantas bajezas humanas mis ojos ven. Dicen que los poetas son felices... que somos como niños que observamos al mundo con lentes color rosa... Qué equivocados que están esa creencia de

despistados, que lo concreto nos resbalan. Si supieran los sufrimientos, las puñaladas internas al percibir cada injusticia social. Y ese reflujo amargo y ácido de impotencia al saber en concreto que a este mundo no lo puedes cambiar. Cuan equivocado estaba cuando escribí aquella frase de que un artista es un niño con cultura. ¡No somos niños! Somos maduros que palpamos crudamente las llagas de Cristo y nos desesperamos por no poderlas curar. Mi poesía no cura, eso me hace llorar. Es un simple bálsamo par el dolor aliviar. No es un mérito ser poeta. Estamos encadenados por la cruz de la sensibilidad. ¡Ay de mí si no escribo! Es mi válvula de seguridad. Si no la abro cada tanto, estoy

seguro que tarde o temprano por algún lado iba a explotar.

-Muchas veces me pregunto... ¡Oh río confidencial! Porque, porque no soy un hombre normal. Porque no veo las cosas como muchos, con ligeresa y superficialidad. Parecen tan alegres... Y yo martirizándome por sentirme antisocial. Aplastado por un manto de soledad.

El poeta se achica más, como estrangulado por su conciencia. El río como si lo entendiera, juguetea con la entrada de sol. El sol también lo entendió. Transformado en trozos dorados, bailotea en el lomo plateado del confidente río Uruguay. El poeta se para y antes de irse piensa, "¿Serán mis culpas que lentamente se van al mar?"

Aprendiendo a Leer XVII

Muy importante fue el invento de la fotocopiadora. ¡Cuánto trabajo ahorra! Dejar de lado al atedios carbónico alivió hasta la máquina de escribir. Para este mundo práctico y veloz fue como conseguir una secretaria super eficiente.

Pero es como esos medicamentos fuertes y buenos, también tiene sus efectos secundarios. A nivel estudiantil disminuyó peligrosamente la sacada de apuntes. La mano es la mayor sintetizadora mental que tenemos. La memoria motriz es una gran hurgadora del sub consciente. Probad escribir una simple carta y verás que te surgen ideas, recuerdos, opiniones que ni tu mismo sabías que estaban en el cerebro.

La historia del desarrollo del cerebro humano está emparejada con la historia de la evolución de las manos para crear objetos. Es algo así como esa pregunta popular de quien nació primero, si el huevo o la gallina.

No estamos contra los adelantos tecnológicos. Lo que pedimos es moderación en su aplicación. Los antibióticos revolucionaron a la medicina moderna. Pero el uso irracional puede matar a una persona.

La fotocopiadora abarata los materiales de estudio y nos ahorra tiempo. Nada más. Cuando aparecieron las primeras calculadoras, hubo un bajón en el estudio de las matemáticas. Para qué estudiar si con cuatro teclas tenemos resuelta la operación. Costó mucho convencer que la calculadora es una simple ayuda. Que todo el esfuerzo que nos ahorra debemos aplicarlo al razonar.

Por todo esto es que digo que el sacar apuntes sigue tan vigente como siempre. Insisto en que debemos utilizar toda la "maquinaria" humana. Gran parte de la torpeza de la mano izquierda es debido a que la condenamos a la inutilidad.

Ademar Alves